

II. - Crónica Social de España

CONGRESO NACIONAL DE PERFECCION Y APOSTOLADO

Esperamos de los lectores una benévola y generosa comprensión por la elección de tema único para la Crónica del presente trimestre; por darle cabida a pesar del retraso, y por ceñirnos a uno de sus aspectos. Una reseña total se saldría del ambiente de la Revista.

No se soslayó «lo social» en el Congreso; ni se redujo a segundo término. Se trató ex profeso, sin paliativos y sin dejar de reconocer el puesto de trascendencia que le corresponde. Se reconoció, en la rica gama del apostolado religioso y sacerdotal, la primacia urgente del problema social; de acuerdo casi con la inquietud angustiosa de Pío XI: «Así como cuando la patria está en peligro todo lo que no sea estrictamente necesario pasa a segundo término...». Por lo menos en teoría. Puede que en la práctica no resulte tan incondicionalmente sincera la acogida. Porque en cada reunión hay reconocimiento de falta, llamada al arrepentimiento y un como propósito de la enmienda. En esto se muestra patente lo frágil de la humana naturaleza, tan inclinada a la caída...

En general, la idea del Congreso podría quedar sintetizada en las frases del cardenal Valeri, Presidente del mismo: «Por lo que se refiere a los Religiosos, son bien conocidos los fines que se proponen tales congresos. En una palabra, se podría decir que el objeto de ellos es la *renovación adaptada*, de la cual se ha tratado en documentos bien conocidos del Supremo Magisterio eclesiástico, y al cual el Sumo Pontífice se ha dignado hacer alusión más de una vez en discursos dirigidos a religiosos». Diríamos que, por ejemplo, en 1950, hablando así a los religiosos: «Salid al encuentro de los tiempos nuevos con procedimientos convenientes». También los sacerdotes —continuaba Valeri—, con ansias de mayor perfección, estudiarán a la luz de la fe y del supremo Magisterio los problemas que suscita el momento apostólico actual, tal vez como de los más difíciles de la historia.

* * *

El Congreso tuvo amplitud nacional impresionante. Alguien llegó a lanzar la afirmación: «Uno de los sucesos más extraordinarios de toda la historia de la Iglesia católica en nuestra nación». Las jornadas de aquellos actos eran como para arrancar ésa y parecidas exclamaciones ante la concurrencia de sacerdotes y religiosos de todos los rincones de España. Y con

vuelo internacional que quisieron darle, el Presidente, Emmo. Cardenal Valeri; el Excmo. P. Larraona, alma del Congreso; Mons. Samoré, Secretario de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios; el Nuncio de S. S. en España; el Sr. Arzobispo de Santiago de Cuba..., y sobre todos ellos Su Santidad el Papa, con tres comunicaciones sumamente significativas cada cual en su categoría: telegrama, carta y mensaje.

La organización fué perfecta y admirable: se trataba, no de acomodar y complacer a unas decenas, ni centenares siquiera de congresistas; se contaron por millares. Las Comisiones hicieron gala de mentes organizadoras (y esto supone comprensión de altura, laboreo incansable, descansos mordidos y entrega sacrificada). Planearon programas, crearon temarios, seleccionaron oradores y ponentes (unos doscientos), clasificaron secciones y buscaron escenarios acomodados. La iglesia nueva del Sgdo. Corazón, amplia en sus naves, coro y tribunas, se vió abarrotada en el acto de la inauguración; las naves quedaron totalmente repletas de congresistas, y saturadas de unión con el sencillamente sublime canto «Urbi caritas et amor». San Francisco el Grande congregó a miles en el Pontifical del día dedicado a San Ignacio, donde el Excmo. Sr. Nuncio glosó, atemperándose a lo que el momento exigía, la aplicación a San Ignacio: «in actione contemplativus». La escuela de Estomatología, en el amplio escenario —silencioso aún en la paz del morir del verano—, de la Ciudad Universitaria, se transformó en aula gigantesca, cátedra sagrada casi, desde la que vertieron ideas luminosas y conceptos perfilados los oradores sobre un público benévolo y exigente, bien dispuesto, pero queriendo ser exigido: en la unidad, en la mutua colaboración para el apostolado eficaz, en la perfección del instrumento para ser fiel trasmisor del caudal de la gracia a sus hermanos. El ambiente lo ganaba cada día, vibrante, emotivo, el himno del Congreso, oración en alta voz: «Ubi caritas et amor, Deus ibi est... congregavit nos in unum Christi amor...».

El temario resultó amplísimo; hasta para dar motivo a la crítica en no pocos. Lo justificaba el Sr. Obispo de Solsona: «El Papa quiere que tomemos contacto con la realidad, quiere que conozcamos en concreto las necesidades del mundo, y que fijemos claramente las metas que han de conseguirse. En el primer Congreso que celebramos en España era indispensable que afrontáramos los problemas que la realidad nos presenta, y que tomáramos posiciones para buscar su solución; así no cabe decir que la Iglesia está alejada de los problemas».

En la mente de los organizadores venía a ser el Congreso un análisis de la vida moderna; análisis hecho desde el silencio recoleto de conventos, la vida de sucesión rápida de los Colegios, o desde la mirilla sacerdotal. «Perfección», pero con la mira en la acción apostólica. Deseo de poner las milicias de la Iglesia al día, con renovación del propio espíritu evangélico y adaptación, en los elementos variables, a las exigencias de nuestro tiempo, fortaleciéndose en la coordinación y mutuo apoyo para una eficacia mayor. Cabe afirmar que esa amplia visión de la vida moderna, juzgada desde el

ángulo sacerdotal, está inspirada en la rica orientación de Pío XII, atento al palpitar múltiple de la vida actual; su testimonio había de citarse a la continua.

* * *

Entremos directamente en *lo social*. En lo más elevado del concepto, de social ha de calificarse el pórtico del Congreso, y el alma de todo él: unidad, armonía perfecta y sincera que todos destacaban, y que todos deseaban, y que puso de relieve el Sr. Obispo, Patriarca de Madrid, en el discurso de apertura: «Aspiramos a esa gran unidad... Desgraciadamente, en este punto andamos atrasados. Ocultar los males no es el más indicado remedio de sanarlos. Carecemos de unidad de acción, de actividad conjunta, colectiva, de todos a una; y porque carecemos de esa virtud no somos perfectos cristianos. Vivimos sin dar satisfacción a uno de los más vehementes deseos que nos ha mostrado siempre nuestro divino Maestro... Aprendamos bien esta lección de la unidad (recomendaba la meditación diaria sobre el cap. XVII de San Juan). Por ello ruega a toda la diócesis de Madrid-Alcalá; y ruega, sobre todo, Jesucristo: «Que sean uno como tú y yo somos uno». Consumados en la unidad. La eficacia de nuestro apostolado depende de nuestra unión. Certestamente diría el P. Sauras, O. P.: «El tema principal del Congreso es el Congreso mismo» (*Congreso*, n.º 4).

Lo social estuvo directamente tratado en las secciones segundas de la mañana y en las particulares de cada grupo, orientadas a un terreno más concreto de la actuación apostólica. Con todo, en la sección general del día 29, el Sr. Arzobispo de Zaragoza, después de la exigencia del apostolado intelectual, añadía atinadamente: «Nuestro pueblo nos está pidiendo un apostolado social urgente que lleve a las masas trabajadoras, con un bienestar material más alto, la esperanza y la seguridad de que su dignidad humana y su dignidad cristiana son respetadas por todos. Nos está pidiendo nuestro pueblo un apostolado rural vasto, como vastos son los campos de España: los dos tercios de nuestra población...».

Dentro de lo doctrinal, en el terreno de la teoría, tratado expresamente en diálogos de las sesiones y en las columnas del diario *Congreso*, figura un tema que queremos resaltar y que parece inspirado en Pío XI cuando exigía, entre las cualidades del sacerdote entregado a la acción social en el mundo obrero, la pobreza como ejemplo de vida. «La pobreza evangélica del sacerdote», fué tema expuesto por D. Manuel González, profesor de Málaga. La pobreza en el sacerdote —resumimos la ponencia— es lo mismo que el desprendimiento, y ha de consistir ante todo en pobreza espiritual; y su práctica, en un desprendimiento eficaz de los bienes materiales, en la austeridad de vida, en el ejercicio de la limosna y en utilizar sabiamente medios de formación e instrumentos de apostolado. Había que pensar también en la fuerza apologetica que ante los feligreses puede tener esta pobreza sacerdotal, y por consiguiente en su eficacia apostólica.

En la discusión que a continuación se siguió salieron a relucir, más o menos acaloradamente, los aranceles y colectas, la fastuosidad en la administración de algunos sacramentos, el trato con ricos y pobres.

«Aspecto social del voto de pobreza», intitulaba un artículo el P. Díez Alegría en el n.º 4 de *Congreso*; resumen, o tal vez ampliación, de un pensamiento vertido de palabra. Si las masas trabajadoras se han alejado de la Iglesia como de algo ajeno, por creerla de mundo burgués, de mundo enfrente, para ganar de nuevo a ese «pueblo» hay que «encarnarse» para «redimirle». Muchas obras de apostolado con los humildes existen hoy día, pero algo desde lejos, sin encarnar los apóstoles en ellas. El comunismo vive más entre ellos y para ellos; no tiene apoyo en las clases burguesas, más bien se levantan frente a ellas. Los eclesiásticos, salidos en gran parte del pueblo, son como una avanzada del mundo burgués hacia el obrero; y esto no es bueno para el apostolado sacerdotal... Ahora bien, siendo los Institutos Religiosos los que institucionalmente y como estado profesan dentro de la Iglesia la pobreza, ¿no parecería corresponder a ellos de un modo peculiar la realización institucional y estable de este proceso de encarnación de la Iglesia en el mundo de los pobres? Es decir, que realizado, por la renuncia y el voto, el aspecto jurídico y ascético de la pobreza evangélica, queda a veces sin realizar el aspecto sociológico y existencial. Y tal vez por eso hay falta de atracción suficiente. Como una conclusión, aboga el articulista por el montaje de puestos de trabajo en un plano de encarnación, es decir, compartiendo el nivel de vida, estilo de la vivienda, etc., para llegar a la mutua comprensión, conocimiento, confianza y simpatía.

El Sr. Arzobispo de Valencia recogió la idea para hacerla suya: «No hemos de olvidar que todo, hasta la pobreza personal, profesada con voto, tiene valor social. La pobreza no es sólo medio de perfección individual, es también, como ejemplo dado a aquellos con quienes vivimos o a quienes nos dirigimos, medio de apostolado».

El Sr. Obispo Auxiliar de Málaga habló de la experiencia sacerdotal del grupo de sacerdotes viviendo en comunidad, con voto de obediencia y pobreza, entregados incondicionalmente al apostolado de un suburbio malagueño. En aquella parroquia la pobreza de sus 15.000 feligreses —obreros, pescadores, campesinos— les impedía sostener a duras penas el párroco y un coadjutor; y se necesitaban más sacerdotes, porque sus viviendas se agrupaban en unos diez núcleos, y por su indigencia espiritual intensa. Se necesitaba un grupo sacerdotal dispuesto a renunciar a su independencia económica, viviendo en pobreza y en comunidad. El Excmo. Sr. Obispo de la Diócesis encontró quienes se ofrecieran a formar parte de la comunidad parroquial de San Patricio. En el reglamento redactado se pedía a los sacerdotes de la Resistencia que hicieran votos temporales de pobreza y obediencia. Esto exigía sobriedad de vida y era garantía de unión y eficacia en los esfuerzos apostólicos, siendo los votos verdaderas fuentes de energía espiritual y apostólica. La experiencia ha dado resultados halagadores y ha surgido hace unos meses el equipo sacerdotal de San Ignacio, que vive

físicamente entre las chozas de los pobres pescadores. El pueblo ha comprendido lo que esto significa y ama al sacerdote.

* * *

La sección C, tanto de los sacerdotes como de los religiosos, estaba consagrada por entero al apostolado social, abarcando desde la «Preparación para el apostolado social y posibilidad de una acción común», «Cualidades de los apóstoles sociales», hasta la «Acción de los religiosos» y los «Métodos de acción social organizadora, posibles a religiosos y religiosas»; o actuaciones del sacerdote en las diversas organizaciones en funcionamiento en España. Las ideas de entrada, con todo el sabor añejo, más o menos al día, venían a ser las siguientes: Pío XI califica de necesidad urgente el apostolado social, a juzgar por las comparaciones de que echa mano, pidiendo que «se reserven la mejor y mayor parte de las fuerzas para volver a ganar las masas trabajadoras para Cristo y hacer penetrar el espíritu cristiano en los medios que le son más ajenos».

Hay una frase de Pío XI que hace estremecer cuando se medita en su alcance. Hecho el diagnóstico de la sociedad actual: juego alocado de pasiones, guerras frías, materialismo calculador, egoísmo, afirma que «tenemos en nuestras manos la suerte de la familia humana». Y sin embargo, hemos de reconocer que, frente al triunfo de la técnica y la producción acelerada, se da «la ruina de las almas». Y esto es lo «nuestro». Hoy se abre paso el negocio, la economía se desarrolla, la técnica se perfecciona; ¿nosotros hemos fracasado? Y, por tanto, ¿cuál es nuestra responsabilidad ante ese no adaptarse la Iglesia a las exigencias del progreso técnico del día?

No es hora de gemir, como afirmaba Pío XII: «El deber de la hora presente no es de gemir sino de actuar. No llorar sobre lo que es o fué, sino reconstruir sobre lo que debe reconstruirse».

Dada la esperanza que en nosotros pone la Iglesia, urge la formación para una acción de trascendencia. Para que no se agrande «el escándalo» de los tiempos modernos: el apartamiento de la Iglesia de las clases trabajadoras; y para que el escándalo no se corra a los jóvenes. Por las grandes facilidades de hoy para un apostolado de conquista o de conservación si contamos con una preparación adecuada; bastaría una enumeración de actividades de vanguardia. Esperar cambios para decidirse a trabajar en serio, lo califica San Pío X de traición a la Religión y a la Patria. La necesidad es evidente; la esperanza de la Iglesia en los sacerdotes y religiosos, también. De ellos exige: *vida interior y santidad*, «lo eternamente nuevo y seguro» que de ellos se espera; *estudio profundo de la cuestión social*, teórico y práctico, dando un sentido trascendental a los mismos estudios de la carrera; *sentido en la justicia social* para saberse mantener en el fiel de la balanza, situación difícil cuando se vive entre una clase social y se escuchan sus fundadas quejas. *Constancia varonil, prudencia y discreción* que llevan hacia un *sentido social*, con reacción espontánea ante las fealdades sociales, y una

mentalidad social que han de transmitir a sus educandos como norma de vida para el mañana. Con todo, diríamos que desde el Papa hasta el último miembro de la sociedad esperan que los apóstoles sociales sobresalgan en el *ejemplo de vida*, como «medio el más eficaz de apostolado entre las muchedumbres pobres»; y entre las ricas, porque son necesarias viriles lecciones de austeridad, contra el lujo y la sed insaciable de riquezas.

Se insistió en otra idea, buscando una labor eficaz en cualquier campo social: *formación de dirigentes*, que sean fermento y dirección de la masa. Se necesitan dirigentes con urgencia, y han de salir de entre nosotros: Colegios, Congregaciones, Escuelas Profesionales. Tal vez con fundamento nos acusan de «paternalismo» y «negativismo» en nuestra formación; o se reconoce que existe una formación individual y familiar, pero no social. Se impone un examen sincero de conciencia para corregir defectos en un aspecto de tanta trascendencia para el porvenir de la Religión en nuestra Patria.

Hombres de experiencia larga en el apostolado social, sacerdotal y religioso, concretaron más estas ideas en cada campo de trabajo. Los Consiliarios nacionales de la J. O. C., la H. O. A. C. y la rama femenina, expusieron las modalidades del apostolado con los obreros, según el espíritu característico de cada organización, marcando la actuación específica del Consiliario en estas organizaciones. Con claridad, valentía, y fundamentado en las orientaciones jerárquicas, D. Ramiro López Gallego desarrolló el tema «El sacerdote y las organizaciones políticas y sindicales del Estado». La importancia y actualidad del tema, y la ecuanimidad valiente del conferencista captaron desde el primer momento la atención de numeroso público: hay que aprovechar la gran facilidad de labor espiritual que en el momento actual se nos ofrece; con independencia del sacerdote como tal de las entidades políticas, porque su labor debe ser estrictamente sacerdotal en ellas, pero necesaria. El Asesor eclesiástico de Cuenca completó esta lección hablando del carácter de las Hermandades y Sindicatos y la formación espiritual y profesional de sus miembros, así como del apostolado en las Empresas. Perfiló el puesto sacerdotal y la urgencia, y hasta la obligación de actuar en tales organizaciones el Sr. Arzobispo de Zaragoza, con intervención feliz, como de ordinario fueron las suyas en el Congreso.

Del apostolado patronal estuvo encargado el Asesor, D. Rafael González Moralejo, haciendo una breve historia de su aparición y desarrollo, para fijarse en el apostolado específico entre los empresarios, las dificultades con que se tropieza, los medios para resolverlas y el papel trascendental del Consiliario, siguiendo el camino trazado por Pío XII. Casi complemento de la anterior pudo considerarse la intervención del Secretario General del Instituto León XIII, en un estudio detallado de lo que es y ha realizado hasta el presente esta feliz iniciativa del actual Obispo de Málaga.

Mirada al campo, importante, fué la ponencia «Asociación Pío XII de agricultores», con los ensayos realizados hasta el presente, que si no muy halagüeños, no deben desanimar, precisamente por la necesidad de resolver

el problema agrícola de España con criterio social católico. Como ejemplo práctico, sumamente aleccionador, habló el verdadero iniciador y responsable de la obra, sobre la Empresa-piloto «Cristo Obrero» de la provincia de Valladolid, empresa en la que se trata de poner al día, con todas sus exigencias, la doctrina social de la Iglesia en la elevación del trabajador, en concreto haciéndole participante de los beneficios materiales.

Indudablemente que se pueden considerar complemento de esa sociología que baja a la realidad de la vida las ponencias comprendidas en la sección de Consiliarios de Obras de Apostolado Seglar. Fueron desfilando figuras de relieve, Consiliarios nacionales, exponiendo los «fallos principales de las obras del apostolado seglar», las «Obras de apostolado para los jóvenes», con sus características y su posición en el orden religioso, intelectual, moral, profesional y social; «Obras de apostolado seglar para hombres y mujeres», estudiados en el campo religioso y social de hoy, en el ejercicio de la profesión y en el ambiente político; el Apostolado de la Opinión Pública, con la presencia de la Iglesia en los grandes medios modernos de difusión: prensa, radio, cine, pidiéndose la urgente colaboración, y aun entrega, de cuantos pueden hacer que estos medios sean eficaces instrumentos para el bien.

Corona de cuanto llevamos dicho, porque mira a la elevación espiritual y moral, y que por lo mismo perfecciona lo de mayor categoría en el hombre, pueden considerarse la serie de lecciones y ponencias sobre Ejercicios Espirituales, Cursillos de Cristiandad y cuantos medios buscan la recristianización, o la intensidad de vida sobrenatural de los miembros que componen la actual sociedad española.

F. DEL V.